

sobre puntos muy importantes, es indispensable que nos pongamos de acuerdo, y esto me hace desear que tengamos una entrevista el domingo próximo.

1866.

Octubre.

«Espero que tengais la bondad de venir, sea cual fuere el obstáculo que para ello se os pudiera presentar, á causa del interés mayor de la conferencia que os indico. Siento no haber conocido esta necesidad antes de vuestra partida de Méjico; así hubiera podido evitaros la fatiga del camino á que vais á exponeros; pero cuento con vuestra conocida amabilidad, para que no os ocupeis de esas molestias.—Vuestro adicto Maximiliano.»

El mariscal Bazaine recibió la anterior carta de mano de un oficial francés que había salido de Méjico por la posta. Se hallaba ya, al recibirla, muy cerca de Perote, que dista de la capital, cincuenta y nueve leguas. En el acto, obsequiando el deseo del emperador, marchó hácia Méjico, dejando encargado al general Aymard la operación de libertar del asedio á las tropas austriacas, lo cual consiguió en el instante de aproximarse á Perote.

El emperador Maximiliano esperaba con impaciencia la llegada de Bazaine. Hacía algunos días que, luchando con la idea de si debía abandonar el trono ó continuar siguiendo los destinos del país, vivía muy retirado en su palacio, sin admitir más personas á su mesa que al doctor Basch, alemán, médico suyo, al padre Fischer y á Herzfeld; pero el 18 de Octubre empezó á convidar ya á otras personas, y se fijó ese día para una gran comida. Antes de ésta, hubo un Consejo de ministros que presidió el soberano. Luego que concluyó ese acto, el doctor Basch, como tenía de costumbre, fué al gabinete de S. M y

mientras estuvo en él, llegaron dos despachos telegráficos de Europa. Maximiliano se conmovió profundamente

1866.

Octubre.

al recibirlos, presaguiando una mala noticia, y desgraciadamente su présago corazón no le engañó en sus funestos presentimientos. Uno de los telégramas era del Conde de Bombelles; fechado en Miramar, el 12 de Octubre, y el otro de Don Martín Castillo, que iba fechado en Roma el 5, lo enviaba el ex-ministro de Negocios Extranjeros. Ambos despachos anunciaban la enfermedad de la emperatriz, Herzfeld, que había cogido ambas comunicaciones telegráficas, no quiso dar de un solo golpe la fatal noticia á Maximiliano, y dijo á este que no podía comprender bien su sentido; pero que lo que se desprendía de su contenido era que alguien estaba enfermo en Miramar, y que probablemente se trataba de una dama de la emperatriz, la señora de Barrio, mejicana. Algo tranquilizó esto el espíritu del emperador. Sin embargo, Herzfeld no pudo disimular por largo tiempo el verdadero sentido de los telégramas, pues habiéndose apercebido Maximiliano de que se trataba de ocultarle la verdad le dijo que le instruyera de todo. «Sé,» dijo, «que debe ser algo de terrible; mas prefiero saberlo á verme atormentado así.»

Mientras Herzfeld fingía afanarse por descifrar completamente los despachos, el Dr. Basch había ido á su cuarto; pero pocos minutos despues mandó el emperador que le llamasen. Maximiliano, dejando rodar ardientes lágrimas de sus ojos, le dijo: «¿Conoce V. al Dr. Riedel, en Viena?» Apenas oyó este nombre el Dr. Basch comprendió que Herzfeld había dicho ya la verdad; y conociendo

que ya no era posible tener en la duda al emperador, y mucho ménos cuando era preciso dar una respuesta categórica, se vió forzado á responder: «Es director del hospital de dementes».

El emperador Maximiliano calculó toda la magnitud de su desgracia. En la mañana de aquel día había anunciado el *Diario del Imperio* que se sabía por el vapor de guerra «Adonis», salido de Nueva-Orleans y llegado á

1866. Veracruz al oscurecer del día 17, que la em-
 Octubre. peratriz se enfermó en Roma y que fué conducida á Miramar, «siendo su enfermedad una fiebre cerebral muy grave». Al recibir, pues, los telégramas; advertir que se trató de ocultarle la verdad por Herzfeld y escuchar luego que el doctor encargado de su salud era Riedel, director del hospital de locos en Viena, vió claramente el funesto mal de que era presa su idolatrada consorte. Abrumado con aquel último golpe de la contraria fortuna; engañado por la Francia que le abandonaba en los momentos más críticos; desvanecidas todas sus lisonjeras ilusiones del amalgama de los partidos al rededor del trono por medio de la política conciliadora; avergonzado de ver al partido que le había llamado, siéndo el único leal en los momentos en que aparecía amenazando la tormenta, en premio del desden con que él le había tratado, creyó que el remedio único de salir de la crítica situación en que la política de Napoleon y la suya le habían colocado, era abandonar un país en que había caminado á ciegas guiado por las pasiones de presuntuosos consejeros que desconocían la sociedad mejicana y hasta el idioma español. Maximiliano pensó seriamente desde

el momento que recibía los telégramas en ir á reunirse en Miramar con su desgraciada y querida consorte. En la tarde del mismo día 18, paseándose tristemente en la espaciosa azotea de palacio, con el Dr. Basch, como tenía de costumbre, confió á éste sus intenciones, preguntándole si debía ó no abandonar á Méjico. El doctor, emitiendo con franqueza su opinion, contestó: «Creo que Vuestra Majestad no debe permanecer más tiempo en el país»—«¿Y creerán todos, advirtió el emperador, que yo

1866. vuelvo á Europa únicamente por la enferme-
 Octubre. dad de la emperatriz?»—«Vuestra Majestad, le respondió el doctor, tiene bastantes razones para hacerlo, y la Europa reconocerá que no podía quedarse en Méjico, desde el momento que la Francia ha desconocido antes de tiempo el tratado.»—«¿Qué cree V., replicó el emperador, que piensen de esto Herzfeld y Fischer?»—«Creo le respondió el doctor, que Herzfeld no piensa de diversa manera á la mía: en cuanto á Fischer, si he decir la verdad, no me inspira entera confianza: es sacerdote, y creo que, á parte de su honradez, que no quiero poner en duda, prevalecerán siempre en su ánimo las ventajas de su partido á los intereses particulares de Vuestra Majestad.

Siguiendo la conversacion volvió á preguntarle otra vez el emperador su parecer, sobre si debía ejecutar inmediatamente su resolucion, ó empezar á manifestarla como cosa decidida firmemente; á lo cual el doctor contestó, que no veía razon para precipitarla; y que además la tranquila ejecucion de una acto de tanta importancia, exigía preliminares, para los cuales eran necesarios muchos días y quizá semanas y aun meses.

Terminada esta conversacion á las seis de la tarde, el emperador llamó á Herzfield, consejero de Estado, y al director del Museo Bilimetz, que habitaban en palacio, para oír su opinion. Esta fué enteramente igual á la del Dr. Basch, de modo que en aquella misma noche quedó resuelto que Maximiliano abandonaría á Méjico.

Para ejecutarlo sin que ninguno de los partidos llegara á sospechar, su intento fué continuar haciendo creer que la emperatriz, en cuanto se aliviase de su enfermedad se embarcaría para Veracruz, á donde probablemente llegaría á fines de aquel mismo mes. Con este objeto el emperador dirigió el siguiente día 19 una carta al mariscal

1866. Bazaine, que se dirigía á la capital llamado
Octubre. por él, como dejo referido, en que le decía:

«Mi querido mariscal: Espero para el fin del presente mes la vuelta de la emperatriz de su viaje á Europa. Tened la bondad, mi querido mariscal, de decirme si habeis tomado algunas medidas para que se la escolte, y en el caso de que no se haya hecho esto, me hareis el placer de atender á la seguridad de la emperatriz, no perdiendo de vista el estado de insurreccion en que se encuentran los departamentos vecinos del camino que tiene que cruzar. Veo con gran confianza que la seguridad de la emperatriz queda en vuestras manos, y al enviaros por ello anticipadamente las gracias, mi querido mariscal, me es grato enviaros las seguridades de mi benevolencia y sincera amistad.»

No era posible que Maximiliano creyera que la emperatriz se hallase en Veracruz de su vuelta de Europa al fin de aquel mes, cuando se le decía que el 12 quedaba

enferma de bastante gravedad en Miramar. Que sabía que su mal era de bastante importancia, lo manifestaba el mismo día 19 el *Diario del Imperio* en un artículo que decía así:

«Segun sabemos, S. M. el Emperador recibió por el vapor de guerra francés *Adonis*, salido expresamente de Nueva Orleans, dos telégramas; el primero de fecha 5 del presente, firmado en Roma por los Sres. Velazquez de Leon y Castillo, segun el cual S. M. la Emperatriz sucumbió á la multitud y gravedad de los negocios que la llevaron á Europa. De pronta providencia se determinó trasladar á S. M. al Castillo de Miramar, y se llamaron dos insignes médicos para que la asistiesen.

«El segundo telégrama viene directamente de Miramar, del Sr. Conde de Bombelles, y está fechado el día 12 de Octubre, segun el cual, aun todavía no se perdía toda esperanza de alivio. En el Castillo se encuentra S. M. rodeada de todo su acompañamiento.

«El mismo telégrama anuncia la llegada de un portador de pliegos, una de las personas de su séquito que probablemente llegará entre el 25 y fines del presente mes, al cual seguirán otros que deberán traer pormenores de tiempo en tiempo.

«Sabemos que el Ministro de S. M. el Emperador de los franceses puso á disposicion de nuestro Soberano el mismo buque *Adonis* para que inmediatamente regresara á Nueva Orleans, con el fin de transmitir noticias posteriores. S. M. aceptó muy agradecido esta oferta y mandó un empleado de su Gabinete que casualmente se hallaba en Veracruz, para que se trasladara á Nueva Orleans con

el fin de facilitar los despachos que deberán ir y venir por el cable trasatlántico.

«S. M. el Emperador, no obstante hallarse con intermitentes, partió ayer noche para Chapultepec, y según estamos informados, se encuentra sumamente consternado bajo el peso de tan imponderable aflicción.»

Lo que el emperador Maximiliano procuraba al escribir esa carta, era que Bazaine situase desde Méjico á Veracruz fuerzas suficientes que dejasen en completa seguridad el camino hasta el puerto, para el viaje que tenía resuelto y estaba próximo. Parte de su equipaje se hallaba ya en Veracruz, y cuando llegase á esta ciudad tenía dispuesto publicar su abdicación, embarcándose en seguida para Europa.

Esta resolución del emperador, era una nueva deslealtad hácia el partido conservador. Al ver alejarse de su

1866. lado á centenares de jefes republicanos que se
 Octubre. habían sometido al imperio y que la Francia le abandonaba, había llamado á los hombres del partido conservador, esto es, á los verdaderos imperialistas, para no ver derrumbarse de repente el imperio; y estos, á quienes había hecho á un lado cuando contaba con poderosos elementos de triunfo, acudieron á su llamamiento, olvidando todo resentimiento, y comprometiendo sus intereses y sus vidas, pues no había en esos momentos ni dinero, ni ejército suficiente, ni crédito en el extranjero. Contando, pues, con la lealtad de ese partido, llamó á sus hombres al ministerio, manifestándoles que iba á seguir una política firme y en armonía con la de ellos. Sin embargo, no era ese su pensamiento al haberles confiado los

primeros. Su llamamiento envolvía un engaño; su objeto era animar al partido conservador, y en tanto que animado de nuevas esperanzas, se preparaba á sostener el trono y al soberano, salir de la capital, dirigirse á Veracruz con el pretexto de recibir á su augusta cónyuge, y embarcarse en seguida, abandonar el país para siempre, sin considerar que dejaba comprometidos á los que por dos veces habían creído con sus promesas.

Contrastando con esa conducta del emperador hácia los que le acababan de dar su prueba más inequívoca de su sincera adhesión, se hallaba la lealtad hácia él de parte de toda la sociedad conservadora. En ese mismo día 19 en que escribió á Bazaine para que estuviese bien custodiado el camino hasta el puerto, cuando él tenía resuelto partir, dejando más comprometido que nunca al partido conservador, el ministerio le dirigió una carta colectiva, manifestando el sentimiento profundo que había causado en los individuos que lo componían la noticia de la enfermedad de la soberana. La carta decía así.

1866. «Señor.—Los ministros de Vuestra Ma-
 Octubre. jestad han recibido con sorpresa y sentimiento el más profundo, la infausta noticia de la grave enfermedad de nuestra soberana la Emperatriz Carlota, y es de su deber más estrecho manifestar desde luego á Vuestra Majestad la parte que toman en su justísimo dolor, y del que sin duda participará la nación entera luego que tenga conocimiento de tan lamentable suceso. El Ministerio se apresuró á dar parte de él al Arzobispo y obispos del Imperio para que dirijan sus preces al Altísimo por la salud é importante vida de nuestra soberana, y espera confiado

que serán oídas, y el corazón de Vuestra Majestad recibirá el consuelo del pronto restablecimiento de la augusta enferma, y la nación se librará de la funestísima calamidad que le amenaza.

«Reciba Vuestra Majestad este sincero testimonio del muy debido aprecio y justo reconocimiento hácia Vuestra amada esposa, y de la adhesión y afecto á la persona de Vuestra Majestad, de quien somos con el más profundo respeto,—SEÑOR,—Sus más fieles y obedientes servidores,—El Ministro de Justicia, Presidente del Consejo de Ministros, *Teodosio Lares*.—El ministro de la Casa Imperial, *Luis de Arroyo*.—El Ministro de Gobernación, *Teófilo Marín*.—El Ministro de Instrucción pública y Cultos, *Manuel García Aguirre*.—El Ministro de Fomento, *Joaquín de Mier y Terán*.—El Encargado del Ministerio de Guerra, *Ramón Tavera*.—El Subsecretario Encargado del Ministerio de Negocios Extranjeros, *Juan Nepomuceno de Pereda*.—El Subsecretario Encargado del Ministerio de Hacienda, *José Mariano Campos*.»

No manifestaron ménos sentimiento todas las demás personas adictas al imperio al saber la noticia de su enfermedad de Veracruz. El Conde de Kératry, no obstante su poca disposición en conceder sentimientos generosos á los mejicanos de todos los partidos, dice, que «la ciudad entera, á donde la emperatriz era adorada, quedó llena de desolación.»

También el arzobispo de Méjico don Pelagio Antonio de Labastida, al ver en el *Discurso del Imperio* la noticia de que la emperatriz se hallaba enferma, dispuso que desde el siguiente día 20 se hiciesen en la iglesia cate-

1836. dral, preces públicas, pidiendo á Dios por la
 Octubre. conservación y la salud de S. M., celebrándose por tres días la misa *pro infirmis*, que concluiría con la letanía de los santos.

En cuanto se extendió la noticia por el resto del país, se elevaron oraciones pidiendo al cielo el restablecimiento de la salud de la soberana, distinguiéndose el clero. En las catedrales, en las parroquias y en los conventos se hicieron rogativas muy solemnes, á las que asistieron las autoridades y lo más granado que encerraba la sociedad, muy especialmente en la capital. Desde que Maximiliano llamó al ministerio á los hombres del partido conservador, la población católica volvió á sentir hácia él y su augusta esposa la adhesión que en la época en que llegaron al país, no dudando que los asuntos de la Iglesia se arreglarían pronto y convenientemente. Los nuevos ministros eran fervientes católicos, habían revocado algunas de las disposiciones anti-católicas que el sentimiento religioso de los habitantes del país había rechazado, y se sabía que uno de los puntos preferentes que trataban que arreglar era el pendiente con la Santa Sede.

Para dar feliz cima á ese asunto cuya terminación interesaba á toda la sociedad, el alto clero se encargó de formar las bases del nuevo Concordato que se debía negociar en Roma, y á este fin empezaron á reunirse en la capital la mayor parte de los obispos, juntamente con los arzobispos de Méjico y de Guadalajara.

La población católica volvió, pues, como he dicho, á sentir encendida su adhesión hácia sus soberanos, y los templos se vieron llenos de gente, elevando sus preces

al Eterno, pidiendo por la salud de la jóven emperatriz.

El emperador Maximiliano, que se había retirado al oscurecer del 19 á Chapultepec, dió durante la noche la órden á los de su servicio de que se dispusiesen para partir, y en las primeras horas de la mañana del 20, escribió al mariscal Bazaine, anunciándole que se alejaba de Méjico:

«Profundamente me han conmovido», le decía, «las pa-

labras de consuelo y de pésame que acabais
1866. de enviarme á nombre vuestro y de la maris-
Octubre. cala. Por ello os espreso aquí mi más vivo y profundo re-
conocimiento. El terrible golpe de estas últimas noticias, que han herido tan gravemente mi corazon, y el mal estado de mi salud causado por las calenturas intermitentes que tengo hace tanto tiempo, y que en estos últimos días naturalmente han aumentado, me obligan á buscar por algun tiempo un clima más suave, segun la espresa voluntad de mis médicos.

»Para encontrar al correo extraordinario que me anuncian de Miramar, y cuyo contenido aguardo con una ansiedad fácil de comprender, tengo intencion de partir para Orizaba.

»Con la mayor confianza encomiendo á vuestro tacto la conservacion de la tranquilidad de la capital y de los puntos más importantes que ocupan hoy las tropas de vuestro mando.

»En estas circunstancias dolorosas y difíciles, cuento más que nunca con la lealtad y la amistad que siempre me habeis demostrado.

»Seguiré el itinerario adjunto, y llevaré conmigo los tres escuadrones de húsares del cuerpo de voluntarios

austriaco, y los hombres disponibles de la gendarmería.

»Esta carta os será entregada por el consejero de Estado Herzfeld, mi antiguo compañero en la marina, á quien pongo á vuestra disposicion para *que os ministre todos los datos necesarios.*

»Os reitero, lo mismo que á la mariscal, mi viva gratitud por vuestros tiernos sentimientos, que tanto bien han hecho á mi pobre corazon.

»Recibid, mi querido mariscal, todas las seguridades de mi sincera amistad.»

El mariscal Bazaine que creía, por el aire de misterio que había observado los días anteriores, que el viaje de Maximiliano á Orizaba era el primer paso de acuerdo con los deseos de Napoleon, le contestó de una manera tranquilizadora y satisfactoria.

Al mismo tiempo que el emperador Maximiliano ponía en conocimiento de Bazaine su próxima partida, la anunciaba tambien el *Diario del Imperio* al público en los términos siguientes: «S. M. el emperador saldrá para Orizaba, en donde permanecerá algun tiempo, tanto con el fin de hallarse más inraediato al puerto de Veracruz y recibir así más pronto los extraordinarios que espera su majestad con noticias de Europa, como tambien para ver si con un cambio de temperatura por fin se logra desterrarle las intermitentes que hace tiempo está sufriendo, y que han reaparecido con mayor fuerza en estos últimos días.

»Acompañan á S. M. el señor Ministro de la Casa Imperial y una parte de la Córte.»

La noticia de que iba á partir el soberano, causó notable inquietud en la parte de la poblacion imperialista. El

1866. emperador Maximiliano, que se apercibió de
 Octubre. la agitacion que produjo en los conservadores aquella inesperada nueva, se encerró, por decirlo así, en palacio, para no verse precisado á recibir á nadie, y salir temprano el siguiente día 21. El pretexto de que se valió para que nadie insistiese en verle, fué el de hallarse un poco indispuerto. Al efecto, dió al doctor Basch, como médico suyo, el encargo de estar de guardia á la puerta de su cuarto, y de despedir á todas las personas que fuesen con el intento de hacerle vacilar en su resolucion. Las palabras con que el doctor debía contestar, eran estas: «El emperador está enfermo; no puedo dejar entrar á nadie, quien quiera que sea.»

Varias fueron las personas que trataron de hablarle, entre ellas la princesa Iturbide, tía del jovencito príncipe Iturbide, que el emperador Maximiliano lo había tomado bajo su proteccion y se hallaba educando en Francia. Esta señora, á quien el soberano la llamaba *querida prima*, y era de un carácter vivo, no creyó en las palabras del doctor respecto á la órden recibida, y llegó á insistir en entrar á ver al emperador. Contestándole entonces el doctor Basch secamente que no era posible entrar á verle, pronunció indignada palabras de enojo contra todos aquellos, decía, que aconsejaban al emperador que partiese.

Por conducto del expresado Dr. Basch encargó el emperador al padre Fischer en aquel mismo día que hiciese saber al presidente del Consejo de ministros D. Teodosio Lares, que ya por razones de salud, pues que la persistencia de las calenturas intermitentes hacía que los médicos le aconsejaran cambiar de aire; ya por el justo deseo

comprensible á todos de estar en un punto más próximo al puerto para recibir más pronto las noticias que esperaba, había dispuesto ir á Orizaba; pero que esto, en nada variaba el estado de las cosas, pues el ministerio debía continuar como hasta allí, expidiendo á Orizaba solamen-

1866. te los asuntos de notable interés, como cuan-
 Octubre. do el emperador se hallaba en Cuernavaca, de lo cual debería informarse al público por medio de *El Diario del Imperio*.

Como se vé, Maximiliano trataba de engañar á sus ministros diciéndoles que sólo iba á Orizaba, cuando su objeto era llegar á Veracruz, donde, como he dicho, tenía ya parte de su equipaje, y embarcarse para Europa. Don Teodosio Lares y todos sus compañeros de ministerio que habían aceptado sus respectivos cargos por consecuencia al emperador, cuando le veían abandonado por la Francia y en las circunstancias más críticas y comprometidas, juzgaron que debían renunciar sus puestos cuando el emperador tenía resuelto renunciar el suyo y abandonarlos, dejándoles en una posicion de que él huía, sin dejarles ejército ni hacienda. Estaban resueltos á seguir á su lado, á sacrificarse por él, si por su parte estaba el monarca decidido á sostenerse en el trono. D. Teodosio Lares, des eando conocer lo que pensaba el emperador respecto de ese punto, fué á las tres de la tarde del mismo día 20 á Chapultepec, y solicitó ver al soberano. Con voz conmovida dijo al doctor que necesitaba ver sin la más leve tardanza al emperador para entregarle un escrito cuya presentacion no permitía la menor tardanza. Basch entró á decir á Maximiliano el deseo manifestado